

privaciones. Ofrecí acompañar á Su Majestad, pero rehusó de una manera amistosa y continuó solo su peligroso viaje de inspeccion.

En la tarde el Emperador volvió de nuevo, pero á caballo, seguido de su Estado Mayor, y el enemigo que lo debe haber reconocido cumplimentó á la cabalgata con un número regular de granadas.

Se desmontó en la Casa Blanca y tomó asiento en nuestro cuarto con Méndez, fumando un puro que le habia ofrecido el general. Al partir me dijo que fuese á verlo todos los días á las dos de la tarde á la Cruz, á menos que una cosa particular me detuviese en las trincheras.

El Emperador consideraba como una deber sagrado el visitar frecuentemente los hospitales, para consolar y alentar á los heridos, para ver que se les cuidase propia y debidamente. Como supo que los cirujanos mexicanos eran bastante negligentes, nombró á su facultativo el doctor S. Basch, inspector general de todos los hospitales, y este señor cumplió con su deber con tanta destreza como celo.

Cuando el general Márquez salió de Querétaro, prometió enviar noticias todos los días, pero aunque parezca extraño el decirlo, ni un solo mensajero se apareció; sin embargo, el Emperador estaba muy lejos de sospechar de esta circunstancia que ocurría algo malo. El 30 de Marzo se dió lectura á una orden del Emperador, previniendo á todos los oficiales recomendados para ser condecorados á que se reuniesen en la Cruz á las cuatro de la tarde. Todos los coroneles y oficiales subalternos se hallaban allí formados en línea, segun su rango, y frente á ellos igualmente acorde con su rango estaban en otra línea, los generales Miramon, Castillo, Mejía, Méndez, Arellano y Valdés. Por orden especial

del Emperador yo tambien ocupé mi lugar en esa línea.

Todos los señores de la primera línea recibieron la medalla de bronce por su valor, la cual el Emperador mismo ponía al pecho de cada uno, dándoles á la vez el abrazo mexicano. Cuando llegó mi turno y dí las gracias al Emperador, me dijo, «Salm, sabe vd. cuán unido estoy á vd. y cuánto lo quiero. Quisiera hacer mas por vd., mas por ahora no puedo.» Esto se refería, segun despues me dijo, á su deseo de nombrarme general, lo que no podía hacer en su presente crítica posicion, pues esto hubiera causado descontento y celo entre los oficiales mexicanos.

La medalla de oro y plata fué solo dada á oficiales sin comision, y á soldados; la medalla de bronce solo podia ser recibida por oficiales en comision, y el Emperador era menos pródigo con esta condecoracion que con cualesquiera otra. La medalla, que se usa pendiente de un liston encarnado, en el anverso muestra el busto del Emperador, y en su reverso una corona de laurel con esta inscripcion en el centro: *Al mérito militar.*

Cuando los demas oficiales de la segunda fila habian sido igualmente condecorados, y se retiraba ya el Emperador, tomó el general Miramon del coronel Pradillo, quien llevaba las condecoraciones, una medalla de bronce, y acercándose al Emperador, dijo, «Vuestra Majestad ha condecorado á sus oficiales y soldados como en reconocimiento de su valor fidelidad y adhesion. A nombre del ejército de Vuestra Magestad, me tomo la libertad de dar esta muestra de valor y de honor al mas valeroso de todos, que siempre ha estado á nuestro lado en todos los peligros y fatigas, dándonos el mas augusto y brillante ejemplo, distincion que merece Vuestra Majestad, antes que ningun hombre.»

El Emperador estaba sumamente sorprendido y afectado por este noble é ingenioso acto; abrazó al general, aceptó la medalla, y desde aquella vez la usó como su primera y mas estimada condecoracion; pero mientras todos los demas usaban por fuera el busto del Emperador, su medalla solo mostraba la inscripcion.

La misma noche recibió el Emperador el siguiente documento, elegantemente escrito en papel vitela:

“Cuartel general de Querétaro.

“Marzo 30 de 1867.

“Señor:

“El ejército mexicano, que está defendiendo la ciudad de Querétaro bajo Sus inmediatas órdenes, y el cual está representado por los infrascritos generales, suplican á Vuestra Majestad les dé una nueva muestra de Su generosidad, dignándose ornar Su pecho con la medalla destinada al mérito militar. Vuestra Majestad recompensa con esta honrosa condecoracion el prominente mérito de sus generales, gefes, oficiales y soldados, quienes en cumplimiento de sus sagrados deberes se esforzarán en imitar el heroico valor y sacrificio personal con que Vuestra Majestad soporta estos continuos trabajos.

“Jamás Monarca alguno ha descendido de la altura de su trono bajo iguales circunstancias, para soportar junto con sus soldados, como aquí lo vemos, los mayores peligros, privaciones y necesidades que no encuentra igual en el mundo; con soldados á quienes Vuestra Majestad ha

comprendido el modo de dar ejemplos tan palpables de abnegacion personal, patriotismo y conformidad en el sufrimiento. Tanto la nacion á quien Vuestra Majestad se esfuerza en salvar y engrandecer, como la historia imparcial harán alguna vez justicia al Monarca de México, Maximiliano I. El ejército por su parte, contando con el afecto de su Monarca, le ofrece esta medalla del mérito militar.

(Firmado.)

«El general de division y gefe de la infantería,
MIGUEL MIRAMON.

«El general de division y gefe de la caballería,
TOMAS MEJIA.

«El general de brigada y gefe del Estado Mayor,
SEVERO DEL CASTILLO.

«El general de brigada y gefe de la segunda division,
PEDRO VALDES.

«El general de brigada y gefe de la primera division de infantería,

RAMON MENDEZ.

«El general de brigada y gefe de la artillería,
MANUEL R. ARELLANO.

«El general graduado y gefe de ingenieros,
MARIANO REYES.»

En la mañana del 31 de Marzo recibí órdenes de ir á ver al Emperador. Con él me encontré á dos desertores alsacianos que antiguamente habian servido en la Legion Estranjera de Francia. Ambos pertenecian á la artillería liberal, y solo habian llegado frente á Querétaro el dia anterior y su batería estaba todavía con la reserva.

El Emperador me suplicó examinase á estos dos hombres y escribiese lo que dijese, lo que hice en su presencia. Dijeron lo que la mayor parte de los desertores, y de lo que mas adelante me convencí por mis propias observaciones: que los soldados de los liberales, no solo estaban tratados por sus oficiales de una manera brutal, sino que igualmente en lugar de tener el prometido real diario, solo recibian medio, tal vez una ó dos veces por semana y que todos sus alimentos consistian en maiz (para las tortillas) y frijoles. Antes de un combate, generalmente recibian un real y una copa de licor cada uno. Tambien contaban que los gefes siempre estaban peleando entre sí, que esto no era sin embargo mas que un antiguo vicio mexicano.

Uno de los alsacianos cuyo nombre era Muth (valor), era de estatura elevada, fornido y hombre muy intelijente. Tocante á la posicion que ocupaba en las baterías del cerro de San Gregorio, no pudo sin embargo darnos ningun informe; mas deseando alistarse en nuestro ejército y ganarse nuestra buena voluntad, ofreció regresar al campamento liberal y esforzarse en indagar todo lo que quisiéramos. Prometió volver á Querétaro esa misma noche á las doce. Como no era conocido de ninguno entre las tropas en San Gregorio, fácilmente podia vagar por allí sopretesto de recoger leña.

El Emperador desconfiaba de esta proposicion; pero le hice presente que lo peor que podia suceder seria que no volviese, pues que no podia decir nada al enemigo tocante á la ciudad, que no supiera ya por sus espías en dicha ciudad.

Habiendo consentido el Emperador, dí á este individuo cinco pesos, y le dije que aceptaba su proposicion, pero

que á su camarada lo detenia como prenda y que lo fusilaria si no estaba de vuelta al dia siguiente á medio dia. El Emperador sonriéndose me dijo al oido: «Lo que ciertamente no haremos.»

Despues de esto, conduje personalmente á este hombre hasta nuestras fortificaciones mas avanzadas y dí órdenes á los atónitos soldados de que no le hicieran fuego al regresar de su mision, bien durante el dia, ó bien en la noche.

Me quedé en la Cruz y dí órdenes para que me avisaran al momento si algo particular ocurria. A cosa de las nueve y media de la noche, me fué traído por una patrulla mi alsaciano y dió cuenta como sigue:

No le habia sido posible recorrer todo San Gregorio, pues el haber andado vagando de aquí para allá, habia comenzado á crear sospechas peligrosas, pero habia visto en la estremidad occidental del cerro dos baterías tras sólidas murallas de piedra, protegidas por infantería apostada en el declive Norte del cerro; y además, que habia colocadas dos piezas de montaña en una posicion avanzada cerca de la capilla de la Trinidad. Ofreció, si lo deseaba, conducirme por los jardines de los suburbios de San Luis, al lugar frente á la iglesia de San Sebastian, y de allí á la capilla de la Trinidad y San Gregorio.

Con estas noticias resolvió el Emperador atacar esta posicion durante la noche siguiente, con el objeto de tomar á lo menos las dos piezas que estaban mas adelante. Con este fin mandó buscar á Miramon; mientras tanto regresé á la Casa Blanca, llevando conmigo al valiente alsaciano.

La mañana siguiente á las dos fuí despertado y recibí orden del general Miramon de estar con mis cazadores en

la calle de Miraflores, á las tres, avisar á Valdés que estaba allí y esperarlo á él.

Cuando por consiguiente me hice presente á Valdés, ordenó al batallón de las Guardias Municipales de México bajo las órdenes del coronel D. Joaquin Rodriguez, se uniera á mí, lo mismo que á cincuenta hombres del batallón Celaya, que estaban alojados en el meson de San Sebastian y conocian bien el terreno de alrededor.

El general Miramon llegó á las cuatro de la mañana; entramos á un cuarto adonde ayudado él por un mapa del país, esplicó su plan, el que se modificó acorde con mis sugerencias, despues de lo cual me dió las instrucciones siguientes:

Debía de mandar la salida personalmente. Yo debía ir por el lugar frente al puente y los jardines tras de las casas al lugar frente á San Sebastian, que estaba ocupado por los liberales. Sin hacer caso de los procedimientos del enemigo tras de mí, debía avanzar hasta la capilla y tomarla; además, tenía instrucciones de asaltar las dos baterías en el cerro de San Gregorio y despues limpiar la cima (habló en francés, é hizo uso de la espresion *abalayer*.) Prometié seguirme con una brigada y sostenerme, y que otra brigada perseguiria al enemigo de los suburbios de San Luis.

Al general Miramon parecia agradecerle mucho el dar instrucciones para semejantes aventuras nocturnas. Algunos dias antes, me habia ordenado que estuviera con mis cazadores á media noche en la calle de Miraflores, para hacer un reconocimiento á la luz de la luna. Estuve en mi puesto y esperé hasta las tres de la mañana, y como á estas horas ya se habia metido la luna, mandé preguntar lo

que debía de hacer. El ó sus ayudantes se habian dormido sin embargo: esto habia ya ocurrido antes. Los ayudantes de Miramon fueron severamente reprendidos por el Emperador.

Al pasar el puente ví que las tropas para mi sostenimiento se hallaban listas tras de mí. Como que teniamos que pasar por casas y jardines, nuestros criados tenían órdenes de llevar estirando los caballos de los oficiales superiores y ayudantes, tras de la brigada de reserva, hasta que se necesitasen.

Sin causar alarma pasamos por casas y jardines al lugar frente á la iglesia de San Sebastian; allí formé á mis tropas para el ataque, tan en silencio como era posible. Los cazadores juntos con los cincuenta hombres del batallón Celaya se hallaban á la cabeza de la columna bajo las órdenes del mayor Pitner, siguiendo yo con la Guardia Municipal.

Apenas habiamos acabado de formar, se nos descubrió y recibimos el fuego de la iglesia de San Sebastian. Pero como no habiamos de hacer caso de lo que tras de nosotros ocurriera, comenzamos á subir el cerro corriendo. La compañía de liberales colocada cerca de la capilla de la Trinidad huyó espantada, y las dos piezas que habian colocado allí para su resguardo no tuvieron aun tiempo para dispararlas. El mayor Pitner al momento se echó sobre una y el capitán Maier, un tirolés de la primera compañía, sobre la otra, con las piezas capturadas, su parque, caballos y además algun bagaje. Al momento mandé todo esto á retaguardia y les concedí á mis soldados algunos minutos de descanso, pues habian perdido el resuello á consecuencia de la fuerte carrera cuesta arriba.

Hasta aquí nuestro ataque, tan lejos de la primera línea del enemigo les cayó enteramente inesperado, especialmente al general Antillon, quien mandaba allí y estaba alojado en la capilla junto con el coronel Villanueva del Estado Mayor de Escobedo. Ambos oficiales estaban en la cama y tuvieron que correr por los nopales para salvar sus vidas, descalzos y en camisa.

Mientras estaba formando á mis hombres para el ataque contra las baterías mas elevadas, y el dia amaneciendo, ví á dos cazadores arrastrando á una mujer la que con vehemencia se defendia. Dí de cintarazos con mi espada en las espaldas de estos malvados persiguiéndolos hasta sus lugares en las filas. La pobre mujer estaba tan llena de gozo, que me abrazó repetidas veces; pero siento decir, que aun ignoro si era jóven ó vieja, fea ó bonita.

Nuestros criados con los caballos habian logrado seguir nuestra columna, y mucho nos alegramos de tenerlos. Despues de una corta pero indispensable demora, asaltamos San Gregorio. El mayor Pitner iba delante con una compañía de los cazadores, pero al llegar á la cumbre del cerro fué contrarrestado en su asalto por un saludo de metralla y las descargas de dos batallones colocados allí y listos para darnos recepcion. El mayor se escapó con una herida profunda en la parte mas carnosa del brazo, y la pérdida de un boton de su chaleco, tirado por una bala: su gente sufrió mucho de este nutrido fuego. Tuvieron que ceder, y empujados hácia la derecha por un número demasiado crecido, se encontraron separados de mí.

Bajo estas circunstancias, el mayor Pitner pensó seria mejor retirarse abajo del cerro, lo que logró despues de muchísimo trabajo.

El mayor, jóven, algo robusto, sintió demasiado el que su caballo no hubiera igualmente ido, pues esto de correr de arriba á abajo el cerro era demasiado para su robusta constitucion. Se hallaba enteramente exhausto y hubiera caido en poder del enemigo, á no haber su buena suerte conduciéndolo á encontrar una mula de los liberales que lo salvó. Sin mas impedimento alcanzó con el resto de su compañía el rio que vadeó.

El general Miramon que habia prometido seguirme, estaba con su brigada aún en el lugar frente al puente, y baleándose con el enemigo que estaba entre nosotros. Como que no hizo una carga resuelta, por consiguiente no pudo seguirme.

En esto era ya de dia claro, y los liberales estaban perfectamente preparados, y aunque no veia tras de mí á la prometida reserva, me determiné por lo menos á esforzarme á llenar las instrucciones de Miramon, de limpiar San Gregorio.

Por lo tanto hice la tentativa de llevarme las baterías, pero el enemigo que allí nos hizo frente era tan fuerte, su posicion tan ventajosa, y su fuego tan mortífero que nos barrieron abajo del cerro hasta la capilla de la Cruz del Cerro, el lugar que en las estremidades de los suburbios de San Luis he descrito en otra ocasion.

No aperebiendo nada de nuestra reserva, y rodeados por todas partes de masas superiores del enemigo, á quien el brillante dia revelaba nuestras fuerzas débiles en número, creí seria mejor pensar en la retirada antes de que las disposiciones del enemigo lo hiciesen imposible.

Con este fin marché en direccion al Poniente para alcanzar la calle que seguia de las alturas al lugar frente al

punte; la misma en la que se hallaba colocada la pieza rayada que quitamos el día 14 de Marzo. En ese camino tuve que sostener un fuego nutrido en mi flanco izquierdo de las casas á la estremidad del suburbio, y cuando volví la calle, recibí el fuego de frente.

Era bien cierto ahora, que me encontraba en una posición bastante peligrosa que podia llegar á ser funesta, y creo que mi ansiedad por la llegada de la reserva era muy natural. Para violentar esto envié mi ayudante al general Miramon; mas pronto regresó, y me dijo no estaba en los límites de lo posible el llegar adonde estaba el general, pues todos los pasos estaban obstruidos. El enemigo le siguió á los talones y recibió balazos por todos lados. Bajo estas circunstancias no me quedaba otra disyuntiva mas que la de entrar en la calle y correr por ella con tanta precipitación como fuere posible.

El primer obstáculo con el que tropezamos fué un parapeto. Este lo tomamos, y nos arrojamos adelante. Cuando pasamos una calle que se cruzaba con nuestro camino, recibimos balas de ambos lados, y ante nosotros vimos otra barricada. No habia remedio; esta vez recibimos balas de todos lados, y habia que asaltar otro parapeto, y lo asaltamos. Todas estas trincheras al través de las calles estaban construidas de una manera que habia un paso para que se introdujeran los hombres de uno en fila. En el primer obstáculo estaba este bastante ancho para dejarme pasar con mi caballo, pero al segundo, esto fué una imposibilidad y tuve que apearme. El valiente alsaciano Muth y mi criado, siempre se hallaban cerca de mí, y el último se acercó, y atravesó la mano sobre mi pecho para tomar la brida de mi caballo, cuando su brazo fué herido por una bala, que de

otra manera me hubiera entrado en el pecho. Dí mi caballo por perdido, mas el valiente muchacho logró salvármelo, y me alcanzó de nuevo en el puente. En el lugar abierto ante este al fin encontré á Miramon, con las dos piezas tomadas. Se sonrió conmigo benignamente, mas no dijo una sola palabra porque me habia dejado abandonado.

Bajo la protección de tropas colocadas á lo largo de la orilla opuesta del rio y los cañones que allí estaban, cruzamos el rio, en estreño oprimidos por las densas masas del enemigo, quienes en vano se esforzaban á entrar con nosotros en la ciudad, lo que no pudieron lograr. La pelea duró en este lugar hasta medio día; me quedé con mi brigada mista, y solo regresé á la Casa Blanca con mis cazadores la mañana siguiente.

Era cierto que habíamos tomado dos piezas, pero bien caro nos costaron. No podíamos pensar en llevarnos consigo á nuestros muertos y heridos, y estos fueron bárbaramente asesinados. Los liberales que estaban en una casa contigua al rio y enfrente de nosotros, amarraron un lazo al pescuezo de los cadáveres y los descolgaron al rio, gritándonos: "Allí están sus Cab....." El valiente alsaciano Muth, que no me habia abandonado durante toda la expedición fué promovido á cabo en los cazadores.

A haber seguido Miramon con las dos brigadas, como lo habia intentado hubiéramos tomado todo San Gregorio. Los mexicanos no pueden resistir un ataque vigoroso, pero esto fué precisamente por lo que Miramon no intentó nada, como solo mandaba mexicanos, y no á los cazadores, cuya impetuosidad y gritería salvaje ningun enemigo en México podia resistir.

Al general liberal á quien habíamos perturbado en su

ligeró sueño, le fué quitado el mando. El coronel del Estado Mayor de Escobedo á quien mas adelante ví, me dijo que ni uno solo de mis hombres hubiera vuelto, á haberme que dado yo diez minutos mas en las calles donde estaban las dos barricadas.

ESFUERZOS PARA ESCAPARSE.

En la tarde del 3 de Abril fuí llamado al lado del Emperador. Habia recibido malas nuevas que eran doblemente desagradables, pues faltaban dos dias para que se cumpliera el plazo en que Márquez habia prometido estar de regreso. Mensajero alguno habia llegado de él, y esto era mas sorprendente, puesto que Márquez mas que nadie se encontraba en estado de enviar noticias, pues podia contar con todos los clérigos que habia entre México y Querétaro. El Emperador comenzó á abrigar sospechas de Márquez, mas cuando algunas palabras se le escapaban á ese efecto, se contenia y decia: "No, no, eso es imposible!"

Nuestras provisiones lo mismo que el parque comenzaban ya á escasearse, y el Emperador no podia menos que confesar que nuestra posicion se hacia mas y mas embarazosa.

Recibir noticias de Márquez parecia ser la cosa esencial y el Emperador me mandó consultase con el general Méndez, cómo hacer esto. Para este fin teniamos que comprar